

»A estos clamores y oficios respondí constantemente que, defendiendo las potencias neutrales su pabellón contra ingleses, cuando estos quisiesen apoderarse bajo de él de efectos españoles, entonces respetaríamos nosotros el mismo pabellón aunque condujese mercaderías inglesas, porque no estaría ya en manos de la potencia neutral, ni vendría á consentir el abuso del poder que hiciese la Inglaterra; pero que tolerando como toleraban á la marina inglesa la detención y confiscación de efectos nuestros bajo la bandera amiga ó neutral, no debían esperar que la España cediese ni dejase de hacer lo mismo.

»Preparada así la materia para hacer recaer el odio, como era justo, sobre la conducta inglesa, y disponer los ánimos de las potencias neutrales á la defensa de su pabellón, se presentó la Rusia con una especie, de que nos valimos oportunamente.

»El canciller de aquel imperio nos hizo insinuar lo mucho que conduciría á la quietud y buena correspondencia de las potencias comerciantes, la formación de un código general marítimo, que abrazase los puntos más necesarios en la materia, para evitar dudas y controversias, y que fuese adoptado de las naciones, en lo que la emperatriz de Rusia emplearía con mucho gusto sus oficios y autoridad.

»Conocí al instante el deseo de la Rusia de adquirir la gloria de dar leyes marítimas á la Europa comerciante, y respondí que aunque la formación de un tal código tendría muchas dificultades para ser adoptado, no habría tantas en persuadir á las potencias marítimas neutrales que defendiesen su pabellón contra las beligerantes que quisiesen ofenderlo, estableciendo reglas para ellos, fundadas en los tratados. A esto, añadí que, empezando por este medio la Rusia á mover á las potencias neutrales, insultadas y deseosas de sostener la inmunidad de su bandera, de que dimanaba la prosperidad de su comercio durante la guerra, vendría insensiblemente á formarse una especie de código marítimo, y la emperatriz, poniéndose á la frente de esta especie de alianza ó principios de neutralidad, se haría el honor de protectora de los derechos de las naciones marítimas.

»El difunto rey de Prusia, que deseaba refrenar los abusos del almirantazgo inglés, apoyó y fomentó este pensamiento, y fué, por consecuencia bien recibido del ministerio ruso, habiéndole yo asegurado que la España y la Francia se acomodarían á estos principios aunque la Inglaterra los rehusare; y, en efecto, emprendió la zarina con el empeño que se ha visto, el proyecto de la neutralidad armada que

se ha hecho tan famoso, y que tuvo su origen como llevo dicho, en el gabinete... español.»

Todos estos detalles desconocidos de los historiadores extranjeros merecían ser conocidos de nuestros lectores, para que se viera que si Francia permaneció brazo sobre brazo en 1780, España supo coaligar contra Inglaterra á toda Europa. Además desde esta fecha el derecho público se enriqueció con los siguientes principios dignos de los pueblos civilizados á saber: 1.º Que los buques neutrales tienen derecho á navegar de puerto á puerto y por las costas de las naciones en guerra. 2.º Que los efectos pertenecientes á los súbditos de las potencias beligerantes han de ser respetados en los buques neutrales. 3.º Que no hay otros objetos de contrabando, que las armas, equipos y municiones de guerra. 4.º Que sólo se reputaran bloqueados los puertos que tengan delante ó próximos á ellos una fuerza naval enemiga.

Inglaterra, pues, no lograba más que desaires en todas partes, pues si durante todo el año pudo esperar que Holanda se pondría á su lado, como lo que quería su Stathunder no era lo que quería el pueblo holandés, Inglaterra tuvo que acabar por declarar á últimos del año 1780 la guerra á Holanda: por su equívoca conducta tampoco fué recibida en la neutralidad armada, y á sus riesgos y peligros tuvo que defenderse de Inglaterra que inmediatamente se lanzó sobre sus posesiones coloniales.

Aseguradas las potencias beligerantes de la neutralidad de las naciones marítimas europeas, y desvanecidas todas las esperanzas de llegar á la paz en Europa por la vía de la diplomacia, la guerra con todos sus rigores y crueldades había ya de decidir de la suerte de América y de Inglaterra, en realidad los dos únicos objetivos de la misma. Sin embargo, España no había entrado en la liga con solo la mira de rebajar el despotismo marítimo de Inglaterra. Los Borbones que habían sido causa de que España pagara su advenimiento al trono con la pérdida de Gibraltar, Mahón, la Florida, etc., creíanse obligados á rescatar estos pedazos de territorio nacional y colonial, y justo es decir, que este fué su constante pensamiento durante todo el siglo XVIII y que no perdonaron esfuerzos para conseguirlo.

Floridablanca, como lo dicen sus cartas al conde de Aranda, no llevó sus negociaciones con Inglaterra para la paz, bajo la condición *sine qua non* de la devolución de Gibraltar de una manera tan reservada que Francia no pudiera temer que se desatendiera de la alianza que habían celebrado, y esto para obligarla á que nos ayudase en el recobro de aque-

llas posesiones donde flotaba aún la bandera inglesa. A esto se debe sin duda el que en 1781 las operaciones en Europa se llevaron á cabo bajo la dirección de España.

Reputaban los ingleses la reconquista de Mahón imposible por creer inexpugnable el fuerte de San Felipe, y por confiar en la fidelidad de los naturales á la bandera inglesa aunque no tuvieran para ello motivo racional. Por lo contrario, Floridablanca, que á la sazón era el verdadero ministro de la guerra, se convenció de que los mahoneses no habían olvidado á su patria, y así reunió diez mil hombres de desembarco en Cádiz para que todo el mundo creyera que iban destinados á Gibraltar al mando del general duque de Crillon, francés al servicio de España, lanzándoles sobre los desprevenidos ingleses en Julio de 1781, sin que tuvieran más que el tiempo necesario para encerrarse en el dicho fuerte de San Felipe que resistió un largo y heroico sitio, pues no se rindió hasta el 16 de Febrero de 1782 en que volvió á España la isla que durante setenta años detentaron con alevosía en su poder ingleses y franceses.

Inglaterra no intentó siquiera auxiliar á los heroicos defensores de su bandera en la isla balearica. Temiendo siempre una catástrofe que la entregare indefensa á sus enemigos, sólo se aventuraba cuando se trataba de Gibraltar que le aseguraba su entrada y posesión en el Mediterráneo. Por esta las operaciones militares en Europa fueron siempre indecisas teniendo todos los combates que se libraron verdaderos caracteres de combates de sorpresas. Otro carácter no tiene el encuentro de la poderosa armada aliada mandada por el general Córdoba con la del almirante inglés Darby que cruzaba por el Canal al frente de veintinueve navíos y que apenas tuvo tiempo para refugiarse en el fondeadero de Torbay en donde se negó á atacarle Córdoba, á pesar de las instancias que para hacerlo le hicieron el almirante francés conde de Guichen y el mayor general de la escuadra española Mazarredo. ¿Por qué esta nueva reunión de la armada combinada sobre las costas de Inglaterra fué tan infructuosa como la de 1779? Este es un misterio que no han querido aclarar los historiadores de España y Francia, y que tanto debe atribuirse á la falta de homogeneidad en el mando como á las instrucciones que tendrían los jefes de las armadas unidas de sus respectivos gobiernos. Lo cierto es que la escuadra se disolvió, que la francesa volvió á Brest el día 11 de Setiembre, regresando la española á Cádiz.

Mientras tanto continuaban los sitios de Mahón

y de Gibraltar. Contra Gibraltar se estrellaba la más poderosa artillería de aquellos tiempos, el denuedo de nuestros soldados y la pericia de nuestros generales. Recuperada Mahón, el sitio de Gibraltar tomó un carácter más grave y decisivo, confiándose el mando de las tropas al que había ganado, no sin gloria el título de duque de Mahón, pero la fortuna no le acompañó, si bien es cierto que nunca tuvo gran confianza en el éxito de las famosas baterías flotantes del ingeniero francés de Arzon que recomendó la corte francesa y nuestro embajador Aranda. De modo que puede decirse que la campaña de 1782 se concentró en el sitio de Gibraltar. De todos los países afluían grandes personajes á presenciar el increíble sitio que tanto renombre dió al gobernador inglés Elliot. El conde de Artois, el duque de Borbón y otros personajes no menos considerables de la corte de Francia, habían venido para presenciar la victoria de Arzón.

Mandaba las famosas baterías el jefe de escuadra Ventura Moreno, que era el jefe que había llevado á Mahón el ejército que la conquistó, y en ellas iban embarcados cinco mil hombres de servicio. A pesar de no ser el tiempo favorable como se hubiera señalado el 13 de Setiembre para el ataque, las diez baterías se lanzaron intrépidamente sobre la plaza, causando su arrojo no poca turbación en Elliot que siempre había juzgado posible su destrucción. Durante todo el día cuatrocientas piezas de artillería estuvieron tronando, y este era el espectáculo que los grandes señores habían acudido á presenciar, pues desde la invención de la pólvora no se había dado otro igual. Vino la noche y las tinieblas no contuvieron ni un momento el ardor del ataque ni el brío de la defensa. Elliot estaba desesperado al ver que sus balas rojas no hacían efecto alguno en las baterías que tan fácilmente creyó poder destruir. Por fin, bien avanzada ya la noche se pegó fuego á la batería que mandaba el príncipe de Nassau en términos de no poderse cortar, y á poco le sucedió lo mismo á la que mandaba el jefe de ellas Ventura Moreno. Desde este momento y siendo imposible evitar igual suerte á las demás baterías, ya no se pensó sino en destruir éstas para que no cayeran en manos del enemigo y en salvar la gente que las montaba, pero por grande que fuera la diligencia que en ello se puso, si bien se consiguió lo primero, no se pudo evitar que cayeran en manos de los ingleses algunos centenares de sus tripulantes que no pudieron recogerse á tiempo. Así terminó el gran espectáculo, pero no el sitio, que mantuvieron inquebrantable nuestros sol-



dados. Confiábase en que por la falta de abastecimiento tal vez se lograría lo que no se podía conseguir por medio del hierro y de la pólvora, pero para impedir esta extremidad estaba siempre Inglaterra dispuesta al sacrificio. Así armó una escuadra de más de treinta navíos que confió al almirante Howe, quien debía acompañar un fuerte convoy hasta Gibraltar, debiendo retirarse inmediatamente á los puertos ingleses sin aventurar combate alguno como no fuera en el caso de la mayor extremidad.

Córdoba, como hemos dicho, mandaba la escuadra, y como tuviera aviso de la venida de Howe, se

situó á la boca del puerto para impedir su entrada. Pero llegó la noche del 10 de Octubre y sobrevino con ella tan fuerte temporal que cada buque se fué por su lado y no todos con igual fortuna, pues el navío *San Miguel* de 10 cañones encalló en Arenas Gordas, cayendo por consiguiente en manos de la guarnición de Gibraltar. Al otro día apareció Howe formando su escuadra dos líneas que protegieron la entrada de cuatro buques de carga en el puerto, pero no pudo aguantarse más, y los vientos y las corrientes le arrastraron Mediterráneo á dentro. Don Luís de Córdoba, reorganizada su escuadra, salió en busca de



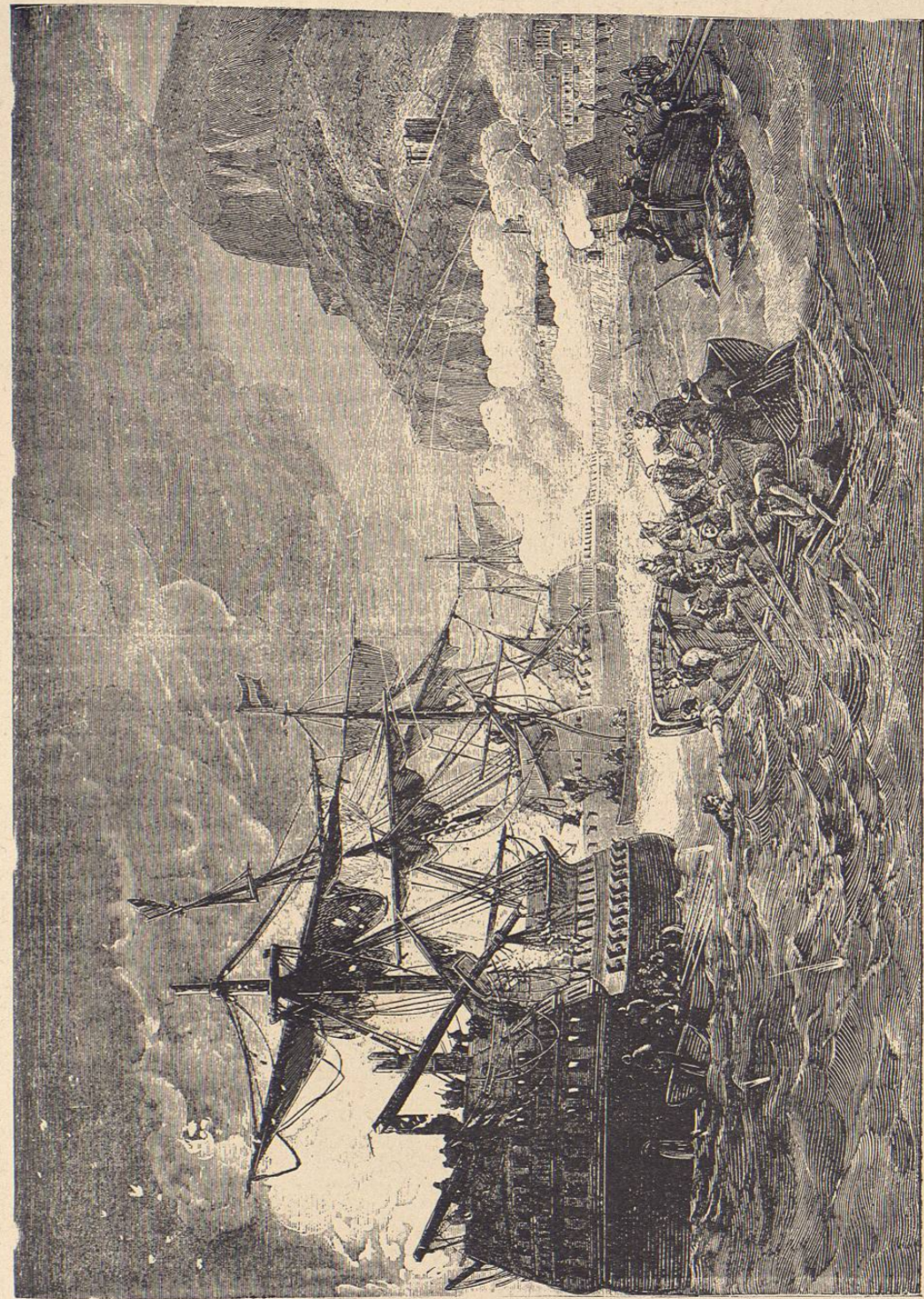
EL CONDE DE FLORIDABLANCA

la del inglés el día 13 luchando siempre con tiempos borrascosos que le llevó por la parte de Málaga, mientras que Howe y sus hábiles marinos volían á embocar el estrecho y entraban en Gibraltar todo su convoy. Siete días después conseguía al fin, la vanguardia de Córdoba, atacar la retaguardia de Howe, que aprovechándose del viento se puso fuera de fuego, regresando á Inglaterra con la gloria de haber salvado á Gibraltar y haber cumplido su comisión sin pérdidas de ninguna clase. Rodney y Howe tanto como Elliot conservaron á Inglaterra el famoso peñón que aún tremola la bandera inglesa. Si España hubiese tenido un almirante de su genio y arrojo, como no le faltaban recursos hubiera podido recuperar ese pedazo de tierra española que tanta sangre ha costado.

La guerra en América había sido más afortunada, lo mismo para los españoles que para los americanos y franceses, y lo mismo por mar que por tierra. Los españoles arrojaron á los ingleses de la costa de Honduras, se apoderaron de las islas Bahama y recuperaron la Florida Occidental, y los franceses unidos en tierra con los americanos pero bajo el

mando de La Fayette y en mar por de Grasse, cerraron á lord Cornwallis en York-Toron, en donde iba á decidirse la guerra de América. El momento era, pues, decisivo, y para asegurar la retirada de Cornwallis el almirante Graves se presentó el 5 de Setiembre de 1781 con su escuadra pero tuvo que retirarse ante la superioridad de fuerzas de la escuadra francesa, no sin que su retaguardia sostuviera un vivo cañoneo al mando de Hood con la vanguardia de de Grasse que mandaba el célebre viajero Bougainville. Más eficaz fué el auxilio que recibió Lafayette, pues Washington y Rochambeau se presentaron al frente de un cuerpo de ejército, y asaltando todos reunidos á la bayoneta el campo de Cornwallis; le obligaron á rendirse el 19 de Octubre siguiente junto con sus siete mil soldados y mil marineros, teniendo que entregar además doscientos catorce cañones, y una treintena de transportes. A los buques de guerra les dió fuego para que no cayesen en manos de los franco-americanos.

Solos y por su cuenta también obtuvieron ventajas los franceses en las Antillas en donde el gobernador de la Martinica el bravo y hábil marqués de



SITO DE GIBRALTAR.